

POLITICA SIN TONO Y SIN IDENTIDAD

EN la vida política española está sucediendo que hay una gran parte de acción externa y una considerable escasez de acción interna. En palabras más explícitas: los partidos trabajan sobre la coyuntura y dejan de lado la ideología y las previsiones a plazos mucho más largos. Si a esto se añade la necesidad de parecer, propia de nuestro tiempo, tendremos una de las claves de la situación actual. Los partidos, y muy especialmente sus dirigentes, buscan lo que sin pudor se llama "imagen", y se disputan entre sí los "espacios" políticos. Este mismo vocabulario visual indica ya que sus preocupaciones filosóficas o doctrinales están abandonadas, o se trabajan sobre todo para crear un aspecto exterior. Ya durante la campaña electoral se advirtió esta separación entre la propaganda apabullante de medios, la actividad incesante de los políticos y militantes, y la escasez de ofertas reales de carácter doctrinal y programático. La perplejidad del elector medio en el momento de la votación fue uno de los factores más definitorios de aquella situación. Desde entonces hasta ahora los datos de esta cuestión no sólo no han variado, sino que han tendido a aumentar la falta de identidad de los partidos políticos. La obligatoriedad del "pacto de la Moncloa" y las subsiguientes votaciones casi unánimes sobre los temas del "pacto" en el Congreso y el Senado han contribuido mucho a la pérdida de esa identidad y también a la falta de brillantez y de carácter del Parlamento. Del cual puede decirse, en este lenguaje, que ha perdido "imagen" o que está adquiriendo una imagen borrosa.

ENTRÉ todos los elementos que contribuyen a esta situación hay muchos que son de carácter acumulativo histórico (la formación de los partidos a lo largo de los dos últimos siglos), otros internacionales o comunes para el mundo de las democracias europeas. Pero muchos, los más diferenciales, son de carácter exclusivamente español y de este momento, y responden a una necesidad de adaptación y algunos vicios difíciles de desterrar. Entre estos factores puramente españoles encontramos el deseo de los partidos históricos (es decir, de nombre y existencia anterior a la guerra civil) de sostener su imagen clásica y al mismo tiempo desprenderse de ella (no querer relacionarse con la guerra civil, no aparecer como partidos combatientes, no buscar reivindicaciones y venganzas); la falta de doctrina real de los nuevos que se han formado exclusivamente para ocupar el po-



El "eurocomunismo" es en principio la única doctrina coherente de las que ofrecen los partidos políticos españoles, aunque para muchos sea contradictoria con la base histórica y científica del comunismo. En la foto, Santiago Carrillo y Enrico Berlinguer, durante su reciente encuentro en Roma.

der y no para ofrecer alternativas históricas; la necesidad de que el tránsito de la dictadura a la democracia se haga con suavidad y por vías pacíficas, aunque sean lentas, lo que elimina mucho del carácter combativo de los partidos; la repulsión por la palabra "derechas" y toda la terminología propia de esa actitud política, que hace obligatorio el disfraz para muchos partidos; paralelamente, la atracción por la "izquierda" y su vocabulario; la confusión reinante en torno a la palabra "democracia", que todo el mundo quiere venerar y adorar, pero de la que cada uno tiene una idea propia; el miedo a que enfrentamientos demasiado duros entre las formaciones políticas puedan dar una imagen de anarquía que sirva para destruir la democracia (invocaciones al "golpe de Estado"); la alarma continua respecto a la crisis económica, que fuerza a todos a buscar un denominador común, aun prescindiendo de las más viejas y establecidas bases doctrinales. Y la escasez de parlamentarios: salvo raras excepciones, los partidos políticos no han encontrado el suficiente número de hombres capaces de desempeñar un papel brillante en las Cortes. Esto sucede por la falta de escuela política durante cuarenta años y por la tendencia de los partidos a premiar actitudes o ensalzar viejas glorias, o buscar nombres ilustres en campos ajenos a la política, más que a proporcionar ver-

daderos parlamentarios. En ello quizá exista un desdén hacia el "procurador" adquirido en la etapa anterior, en la etapa franquista.

LAS partes exteriores, que se superponen a las circunstancias españolas, son también importantes. Los partidos políticos surgen en la Historia como comités locales, que representan grupos de apoyo a un político: se van integrando después de una manera federada —diputados de una misma opinión general, que realizan campañas conjuntas—, aunque cada grupo local mantiene una gran autonomía y desde luego sin pensar jamás en la "disciplina de voto"; ya en el siglo XX aparecen los partidos de masas, que oponen la fuerza del número a la de los notables, los ricos, el poder establecido, lo cual requiere organizaciones, administraciones, cotizaciones; y unos "dirigentes interiores", que tienen más fuerza que los parlamentarios, y una diferencia entre los militantes —los que pagan, los que actúan— y los electores (los pasivos) que invierte los términos: si antes eran éstos los importantes, ahora empiezan a serlo aquéllos, que son los que determinan —cuando el partido es democrático— la línea general; los partidos de la derecha copiaron rápidamente esta estructura de la izquierda. Finalmente, los dirigentes han



La obligatoriedad del "pacto de la Moncloa" y las subsiguientes votaciones casi unánimes sobre los temas del "pacto" en el Congreso y el Senado han contribuido mucho a la pérdida de esa identidad de los partidos.

llegado a tener más influencia en los partidos que los militantes y que los electores. Este es por lo menos un resumen de las ideas generales sobre el desarrollo y la historia de los partidos políticos, tal como puede encontrarse en los clásicos (Duverger).

EXISTE además la cuestión coyuntural europea. Las estructuras democráticas europeas conservan la gran tradición de los partidos, pero están montadas sobre unas bases de organización económica que difícilmente se pueden variar. Son consecuencia de la segunda guerra mundial y de su pertenencia, por las vías que se sabe, del imperio americano. Desde unas organizaciones militares antisubversivas —la OTAN y, en su defecto, los pactos bilatera-

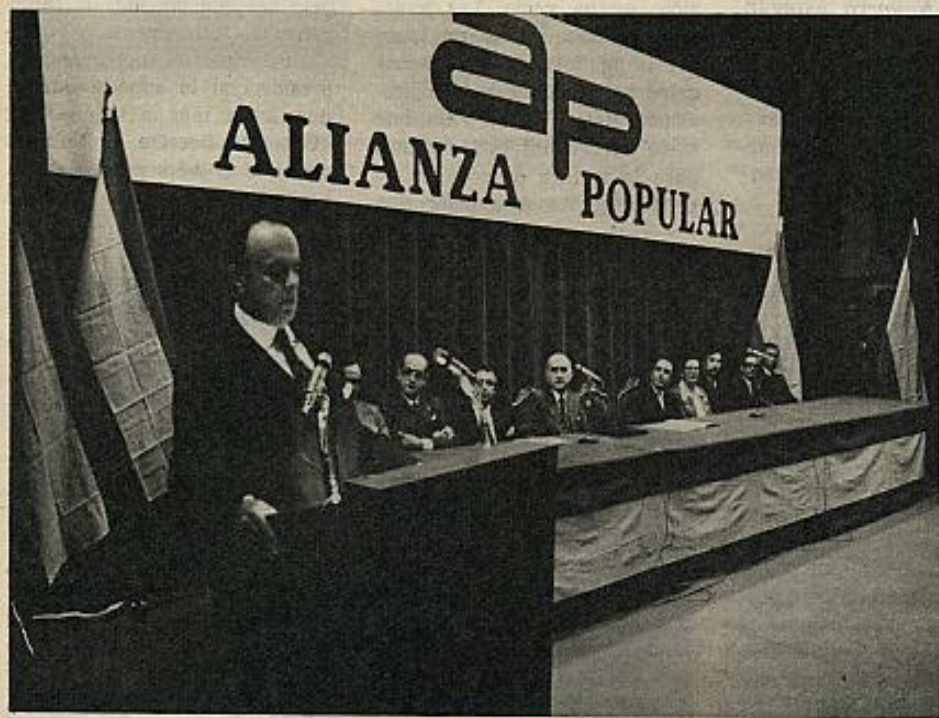
les— y unas organizaciones policiales amplias y dotadas de sentido político hasta una sensación de imposibilidad de recambio de los sistemas económicos, pasando por unos medios de persuasión importantes y unos ciertos halagos y concesiones sociales, las grandes naciones europeas dan la sensación de que no pueden aguantar un cambio radical de manera de ser administradas sin correr a la catástrofe. Es el caso que le sucedió a Gran Bretaña en la época del Gobierno laborista de posguerra —recientemente evocado en estas páginas—, que no consiguió sacar adelante su programa de nacionalizaciones y de revolución pacífica, y el posterior a la adaptación de ese laborismo, de las socialdemocracias nórdicas, de la alemana federal, a la obli-

gatoriedad del capitalismo. Cuando se han presentado opciones de progresos mucho mayores en el camino de un cambio social profundo, se han detenido antes de pasar el Rubicón: como ha sucedido en Italia, como está sucediendo en Francia con la práctica ruptura de la unión de las izquierdas.

TODOS estos factores pesan sobre España; pero se agravan, se agudizan, con los factores genuinos. Véase el caso del "eurocomunismo". En principio, es la única doctrina coherente de las que ofrecen los partidos políticos españoles, aunque para muchos sea contradictoria con la base histórica y científica del comunismo.

PERO no es en esta polémica en la que queremos entrar ahora, sino en la de que el peso de las circunstancias puramente españolas sobre las mundiales ha hecho que el "eurocomunismo español" sea el más avanzado —dando a este término el sentido de avance sobre sus propias premisas, no en el del movimiento social en general— de Europa, hasta el punto de ser el elagido por la URSS para sus mayores ataques, y de causar un cierto embarazo en los colegas francés e italiano del señor Carrillo. Distinguir en todo este contexto nacional-mundial lo que el eurocomunismo —tal como lo presenta actualmente el PCE— tiene de doctrina real y de busca de "imagen" no es tan fácil. Pero solamente el hecho de que pueda producir una corriente de discusiones, un enfrentamiento entre quienes lo defienden y quienes lo combaten, es ya positivo, y la actividad exterior con que lo está defendiendo el señor Carrillo es también positiva. Que a la larga sea perjudicial o beneficioso para el PCE y para sus militantes o votantes es ya otra cuestión.

NO sucede lo mismo con otros partidos: El PSOE aparece más borroso desde que ha sido forzado a abandonar su puesto de oposición clara; el PSP se reduce a la personalidad de sus dirigentes. El partido de Gobierno está atrapado por las propias obligaciones de Gobierno y por una confusión deliberada entre Gobierno y Estado —la introducción en organismos estatales, su inundación—, además de por la personalidad exclusiva de su creador, el presidente Suárez. Más a la derecha, Alianza Popular no encuentra su definición, se desgarga entre demasiadas personalidades fuertes: quiere aparecer —imagen, otra vez— como más liberal y menos franquista de lo que ha sido —y le ha valido su ostracismo electoral—, pero no puede resistir su propio origen y la presión de las clases fuertes y ricas. Están las otras opciones, la extraparlamentaria, las de los llamados extremistas —muchos no lo son— de la derecha y de la izquierda. En este estado de falta de identidad de los otros partidos políticos, podrían comenzar a beneficiarse. Sus opciones son, por lo menos, más radicales. ■



Alianza Popular tampoco encuentra su definición, se desgarga entre demasiadas personalidades fuertes: quiere aparecer como más liberal y menos franquista de lo que ha sido, pero no puede resistir su propio origen.